60 años muy vividos

Soy hijo y nieto de trabajadores pobres y emigrantes, por eso siempre me sentí en deuda con su historia, porque ellos vivieron situaciones muy precarias y dolorosas y en cambio yo no sufrí tanto de aquellas privaciones y humillaciones.

En mi crianza anduve permanentemente entre el campo y la ciudad. Durante la semana estudiaba en la ciudad industrial de Bilbao y los fines de semana y en las vacaciones, me trasladaba a una zona rural cercana para compartir con la familia de mi mamá y colaborar en las faenas del campo como arar, cosechar, ordeñar las ovejas y bajar al pueblo los corderos paridos en el monte.

Crecí entre los milagros de santa Casilda, las campanas que convertían el granizo en agua para no dañar las cosechas y las historias del anarquista Durruti y la comunista Pasionaria. De un modo casi surrealista iba gritando por la calle aquello de: “más vale morir de pie que vivir de rodillas” después de haber estado rezando el rosario con mis tías.

Mi adolescencia coincidió con el final de la dictadura de Francisco Franco en el estado español. Fueron los tiempos de rebeldía y de militancia. Nadie podía ser neutral. Era el momento de apostar, de poner todo el esfuerzo en la liberación del pueblo trabajador y de construir una Euskadi libre y socialista. Y esa partida me la jugué con todo, con algunos costos importantes que por mucho tiempo desvelaron mi sueño.

Esos tiempos me expusieron ante una dura realidad de una represión preñada de odio que se enfrentaba con una lucha generosa y decidida. En aquellos años solo acertaba a vislumbrar a Dios cuando teníamos miedo y cuando detenían a los compañeros.

La Iglesia oficial no levantaba mucho la voz ante lo que sucedía debido a esa secular consigna de “prudencia y paz” que esgrime como cobarde argumento ante las situaciones de conflicto. Pero existían también pequeñas comunidades, curas obreros y hasta algún obispo que no callaron y como, en tantas otras partes del mundo, fueron refugio de víctimas y referente de justicia.

Por cosas del destino, conocí a una de esas comunidades y me fui integrando de a poco porque me sentí acogido como una especie de náufrago o de huérfano. Creo que fue en esa experiencia comunitaria y gratuita donde Jesús me fue vinculando y comprometiendo con la justicia los pobres desde el rostro concreto de los pobres.

Durante los siguientes años aprendí que el amor se pelea cada día ya que el mundo y la historia aún no son el reino de Dios, aunque tengan sabor a él y que la revolución comenzaba cada mañana en el servicio a los hermanos, a los pobres y a los jóvenes. Vendía periódicos y revistas en la calle, repartía productos de limpieza y, aunque quise estudiar Trabajo Social, finalmente opté por trabajar en una imprenta al tiempo que estudiaba la carrera de Teología.

A fines de la década de los ochenta iniciamos dos pequeñas comunidades en el sur de Chile. De nuevo me encontraba con los estertores de una dictadura que seguía provocando represión y muerte. En ese contexto trabajé un tiempo en la Pastoral de Derechos Humanos, en uno de los Campamentos de la ciudad sureña de Valdivia y con comunidades mapuche de localidades cercanas a Temuco.

Años de un trabajo intenso más que recompensados por la sonrisa de los niños y niñas del comedor solidario de la parroquia San Pablo, en la amistad de los jóvenes de la población, por la acogida de hermanos mapuche que se sentían defendidos, en las lágrimas agradecidas de familiares de detenidos desaparecidos que empezaban a encontrar algún indicio de verdad y justicia con la oficina de DDHH del obispado y por tantas otras relaciones transparentes y verdaderas.

El obispo de Valdivia, Alejandro Jiménez me propuso la posibilidad de ordenarme como presbítero. Me solía decir aquello de que "la mies es mucha y los obreros son pocos" y que, en realidad, no iba a cambiar mi trabajo social y pastoral sino que, siendo cura, se podía incluso potenciar. Luego de consultar con mi comunidad decidí aceptar a pesar de mi anticlericalismo. Estaba convencido que con ese servicio podría acercar más dignidad a los vencidos o algo más de sentido en los caminos o algo más de igualdad en los estómagos.

La vida da muchas vueltas. Tuve que regresar al País Vasco porque mi padre estaba ya muy enfermo por un cáncer terminal y fui a acompañarlo en su partida. Murió en 1999 y regresé al año siguiente a Chile, esta vez, junto a mi madre.

Pero la Iglesia y la sociedad también dan muchas vueltas. Al poco tiempo ya no acertaba a ver con claridad que se valorara la horizontalidad y la gratuidad en las relaciones como en los años anteriores, el clericalismo en la Iglesia era como una peste que se extendía por todas partes y la solidaridad y el compromiso eran más un discurso que una realidad.

Luego de diez años de ejercer el ministerio con alegría, me enamoré de mi compañera Elena, una valdiviana de la misma comunidad y tomé la decisión en 2002 de seguir viviendo el seguimiento a Jesús como laico, entre otras cosas, porque los curas tienen que ser célibes por obligación. Fueron tiempos de dolor y de incomprensión, pero también de una nueva oportunidad para seguir creciendo como persona y poder volver a las fuentes del evangelio.

En 2005 nos trasladamos con nuestro primer hijo Daniel al sur-del-sur, a la ciudad de Coyhaique, porque sorpresivamente me ofrecieron trabajo en el área de educación del Vicariato de Aysén. Esa Patagonia fecunda y precaria se convirtió en una fuente de espiritualidad y de liberación porque acá compartí la vida y las luchas con personas que han marcado mi vida y a las que tengo tanto que agradecer. En Coyhaique nació mi segundo hijo Manuel y también acá falleció mi mamá Ilu el 30 de enero de 2020.

Me fui del Vicariato por serias discrepancias con el obispo Infanti y sus colaboradores. Luego de diez años de trabajar en la Comisión Justica y Paz, de

organizar acciones y reflexiones para defender los DDHH y socioambientales, renuncié al trabajo formal y ya de viejo, aposté de nuevo por vivir con mayor libertad aunque eso conllevara incertidumbre y precariedad.

En estos últimos años participé en la creación de la Biblioteca Popular Trinchera Utopía donde practicábamos el trueque de libros en la Feria. Ahí impulsamos iniciativas para la recuperación de la memoria histórica creando también varios proyectos socioculturales. Y ahora, “ahora soy comunista con el favor de mi Dios”.

Jesús Herrero E.